

Daniel Chirot

La educación superior y la crisis de la democracia

Project Syndicate, 28 de enero de 2022.

Jonathan Marks, *Seamos razonables: un caso conservador para la educación liberal*, Princeton University Press, 2021.

Roosevelt Montás, *Rescuing Socrates: How the Great Books Changed My Life and Why They Matter for a New Generation*, Princeton University Press, 2021.

Gary Saul Morson y Morton Schapiro, *Minds Wide Shut: How the New Fundamentalisms Divide Us*, Princeton University Press, 2021.

SEATTLE – “La educación superior está rota”, escribió el historiador Niall Ferguson en un comentario de Bloomberg del 8 de noviembre de 2021. Para ayudar a solucionarlo, ayudó a crear la Universidad de Austin, una nueva institución que se supone que está libre de la creciente intolerancia izquierdista que se encuentra en demasiadas universidades hoy en día. Según Ferguson, esa intolerancia es evidente no solo entre las facultades, sino, lo que es más inquietante, entre los administradores de universidades de élite como MIT y Harvard. Como pueden atestiguar los profesores políticamente centristas de cualquier universidad pública importante, la situación tampoco parece mejor allí. El corazón del problema identificado por críticos como Ferguson es que las universidades han ido abandonando el ideal de lo que solía llamarse una “educación liberal”. Alguna vez se aceptó que una buena educación incluía algo más que materias técnicas. La apreciación por la historia, la literatura y las artes se consideró esencial para preparar a los jóvenes para los papeles profesionales y de otro tipo que aspiraban a desempeñar. Esto también fue importante en las escuelas secundarias e incluso primarias, donde los estudiantes deberían estar expuestos a una forma simplificada del mismo programa como parte de la creación de ciudadanos informados y democráticos.

El estudio de los clásicos fundacionales fue central, porque formaron la base de la civilización occidental. El objetivo no era enseñar ningún dogma fijo, sino introducir a los estudiantes en debates y puntos de vista esenciales sobre las complejidades de la experiencia humana. Una educación liberal también mostraría a los estudiantes de dónde venimos, qué hay en nuestras tradiciones que debe apreciarse y conservarse, y qué debe mejorarse.

El pensamiento crítico debía desarrollarse de esta manera o, al menos, ese era el ideal. Pero la apertura al debate y la complejidad nunca ha estado completamente a salvo de los ataques, por lo que siempre fue necesario defender el liberalismo (en el sentido más amplio del término). Hoy, dicen los críticos, la batalla se está perdiendo, debido a un embate de la izquierda con implicaciones funestas. Sin instituciones de educación superior que cumplan con su función adecuada, no quedará nada para combatir los crecientes ataques de la extrema derecha.

El general retirado Paul Eaton señaló este punto en una entrevista reciente y un comentario sobre el peligro de que las elecciones presidenciales de 2024 terminen en otro intento de golpe. “El hecho de que nos sorprendieran completamente desprevenidos, militarmente y

en una función policial, el 6 de enero es incomprensible para mí”, dice. “El control civil de las fuerzas armadas es sacrosanto en Estados Unidos y esa es una posición que debemos reforzar”. Eaton teme que, la próxima vez, partes de las fuerzas armadas puedan unirse en un esfuerzo por derrocar las elecciones:

“Tuve una conversación con alguien de mi edad y estábamos hablando de lecciones de educación cívica, educación en artes liberales y el desarrollo de los fundamentos filosóficos de la Constitución de los Estados Unidos. Y creo que eso requiere una nueva enseñanza para asegurarse de que todos y cada uno de los estadounidenses de 18 años comprendan verdaderamente la Constitución de los Estados Unidos”.

¿Dónde encontraremos instructores que puedan enseñar esa lección, si no es en colegios y universidades que hacen más que impartir conocimientos técnicos y capacitación laboral? El declive de lo que Eaton llama una “educación de artes liberales” ciertamente incluye la historia política y constitucional estadounidense. Y como sus advertencias dejan en claro, el peligro que enfrentamos hoy no se trata solo de argumentos abstrusos en las escuelas de élite.

El centro no aguanta

Tres libros publicados en 2021 (por la misma editorial universitaria de élite) abordan este tema, cada uno a su manera. Todos argumentan que salvar lo mejor de las tradiciones de la educación superior es crucial, no solo para preservar las universidades de élite, sino también para curar a EE.UU., el Reino Unido y otras democracias de sus terribles divisiones y tendencias antidemocráticas. Pero antes de pasar a sus recomendaciones, debemos considerar la conexión entre lo que puede parecer un tema secundario que concierne solo a las instituciones de élite, por un lado, y la realidad de los problemas que enfrentamos en la lucha por preservar nuestra democracia, por el otro. Las encuestas realizadas por Pew Research Center y Gallup sugieren que la mayoría de los republicanos estadounidenses consideran que la mayoría de las universidades y facultades son demasiado caras, en su mayoría inútiles e invadidas por profesores izquierdistas e impíos que imparten cursos irrelevantes destinados solo a difundir la nefasta ideología marxista. Una pequeña minoría de demócratas está de acuerdo y los independientes se encuentran en algún punto intermedio.

Sin duda, los conservadores moderados no niegan que la investigación científica, médica y tal vez incluso social basada en las universidades ha transformado el mundo moderno. La prominencia mundial de las principales universidades estadounidenses está justificada. Además, la expansión de la educación superior en EE.UU., principalmente a través de la inversión en universidades públicas, ha sido una de las claves para enriquecer al país, especialmente desde la Segunda Guerra Mundial. Pero ahora hay problemas.

Consideremos la evidencia comparativa sobre la importancia de una educación liberal en diferentes países. Los especialistas que estudian los antiguos países comunistas de Europa del Este se han preguntado por qué tantas de sus élites han tendido a desinteresarse por preservar la democracia que se alcanzó después de 1989. Según el politólogo de la Universidad de Princeton Grigore Pop-Eleches, una educación limitada que se concentre demasiado exclusivamente en la ciencia y la tecnología deja fuera la discusión abierta sobre otros aspectos de la sociedad. La historia y la política se habían enseñado durante mucho tiempo como dogmas fijos y ya no se tomaban en serio.

Incluso cuando, después de 1989, se hizo posible un discurso serio y abierto, la mayoría de los jóvenes se desconectaron y permanecieron menos involucrados. Ahora, se han detectado problemas similares en Estados Unidos: los estudiantes con cierta educación en ciencias sociales tienden a ser más activos políticamente que aquellos con el tipo de capacitación puramente técnica que ahora se defiende.

Guerras de la historia

Para abordar el problema general, es útil examinar una controversia académica que ahora ha ocupado un lugar central en las batallas políticas del país: cómo interpretar la historia de las relaciones raciales y la esclavitud en Estados Unidos. Ese debate pesó mucho en las recientes elecciones para gobernador de Virginia, donde los republicanos obtuvieron una victoria inesperada.

Cómo vemos el pasado es mucho más que una cuestión de currículo. Toda nuestra vida política y social se ve afectada por ella. En Rusia y China hoy, el fortalecimiento del control autoritario ha dependido de una reescritura completa de la historia para encubrir la brutal realidad del pasado. En Estados Unidos, el racismo sancionado por el Estado y extralegal del pasado ha sido reemplazado por una forma de ver la historia que está orientada a rechazar las políticas para mitigar el daño causado por las políticas y prácticas del pasado.

¿Deberían seguir adjudicándose privilegios a esas antiguas clasificaciones anteriormente peyorativas (o en algunos casos halagadoras) basadas en el color de la piel? Los biólogos y científicos sociales están de acuerdo en que las viejas categorías raciales no tienen significado más allá de cómo fueron social y políticamente imaginadas. Pero eso todavía no es lo que la mayoría de la gente piensa. Tanto en la derecha como en la izquierda, muchos creen que la ascendencia basada en el color de la piel debe tener en cuenta la forma en que se trata a las personas.

En la izquierda, se supone que la interpretación de los prejuicios del pasado legitima las políticas que compensan a aquellos cuyos ancestros fueron agraviados debido a viejos estereotipos basados en la piel, particularmente porque persiste tal desigualdad histórica. Por lo tanto, quienes se consideran blancos deben reconocer que las injusticias pasadas requieren restitución y transformación social.

La supremacía blanca está en el corazón de lo que Estados Unidos siempre ha sido, dice el argumento. La esclavitud y el genocidio contra los indígenas fueron seguidos por Jim Crow y ahora continúa la desigualdad. El problema no puede remediarse a menos que reconozcamos que todas esas historias sobre democracia, igualdad de derechos y progreso social han sido mentiras.

Aquellos que son más conservadores pero que no forman parte de la extrema derecha no necesariamente niegan que el color de la piel desempeña un papel en cómo se trata a las personas, o que el secuestro, el tráfico y la esclavitud de los africanos estuvo mal. Pero prefieren una interpretación más indulgente del pasado.

Señalan que ha habido grandes mejoras sociales a lo largo del tiempo y que la historia de Estados Unidos no se puede reducir a la esclavitud y el racismo. La democracia, el Estado de derecho y la preservación de los derechos individuales han sido las partes más importantes de la tradición estadounidense, y negar esto es echar por tierra la base política

legítima de la nación. Los conservadores no ven ninguna justificación en el uso de categorías raciales tradicionales para avergonzar a quienes se consideran "blancos", o para luego reestructurar la sociedad sobre esa base.

El muy publicitado Proyecto 1619 de *The New York Times Magazine* está en el centro de la división sobre cómo enseñar la historia de las relaciones raciales en las escuelas estadounidenses. Si 1619, o la "teoría crítica de la raza" que la inspiró, fueran meras correcciones académicas de partes olvidadas de la historia, no habría mayor problema. Lo que realmente importa es cómo debe interpretarse la naturaleza misma de la sociedad estadounidense y cómo debe transmitirse su historia.

La Nueva Contra-Ilustración

Aquí es donde la educación superior vuelve a entrar en juego. El pensamiento que late detrás de la teoría crítica de la raza se originó en las mejores universidades y entre los intelectuales formados por ellas. 1619 descarta en gran medida la influencia de la Ilustración europea de los siglos XVII y XVIII en la creación de la nueva nación estadounidense y en sus esfuerzos posteriores para mejorar la condición de la humanidad a lo largo del tiempo.

Pero si Estados Unidos y toda la Ilustración no fueran más que hipocresía blanca para encubrir el imperialismo racista, incluida la esclavitud de los africanos y el sometimiento de otras culturas en todo el mundo, ¿qué esperanza hay para nosotros? Si bien no está del todo equivocada acerca esa hipocresía, tal interpretación deja de lado el papel extremadamente positivo que finalmente jugó la Ilustración en la liberación de gran parte de la humanidad de los dogmas rígidos y de la desigualdad. Desecharla deja el campo libre para el rechazo de la razón por parte de la extrema derecha. Si todo lo que existe es una lucha de suma cero entre tribus hostiles por el control del Estado, la izquierda perderá y también la democracia estadounidense.

El ataque de la derecha a la tradición de la Ilustración, sobre todo entre los fundamentalistas religiosos, es diferente. Rechaza la evolución biológica, la geología e incluso partes de la medicina moderna. Esos temas de estudio se consideran antibíblicos, al igual que la investigación abierta sobre la historia de cómo ha cambiado la interpretación bíblica a lo largo de la historia a medida que han cambiado las ideologías políticas.

La Ilustración comenzó en el siglo XVII no solo con una revolución científica sino también con un serio cuestionamiento de la teología tradicional. Desde la escandalosa demostración de Spinoza de que la Biblia fue escrita por humanos, hasta las ilustraciones francesa y escocesa, que proporcionaron los pilares intelectuales de la nueva república estadounidense y la Revolución Francesa, el objetivo era liberar a la humanidad del oscurantismo religioso que había sostenido durante tanto tiempo la desigualdad y la represión.

La inclinación a rechazar el escepticismo ilustrado y la libertad de pensamiento siempre ha estado presente en Estados Unidos, pero fue principalmente un fenómeno marginal (excepto en el Sur). Ahora, ha emergido con fuerza e influencia política renovadas y, en última instancia, representa una amenaza para los derechos individuales.

Por eso es tan importante la educación liberal. Más allá de cualquier argumento curricular específico en universidades o escuelas primarias y secundarias, está en juego una pregunta mucho más importante: ¿Hasta qué punto las crecientes divisiones en la vida y la política

estadounidense reflejan el eclipse de la tradición liberal de la Ilustración que alguna vez fue la base de la identidad de la nación, excepto en el Sur esclavista?

La Proclamación de Acción de Gracias de 1789 de George Washington exhortó a los estadounidenses a “promover el conocimiento y la práctica de la religión y la virtud verdaderas...”. Washington obviamente era un cristiano creyente, pero nunca especificó lo que quería decir con “religión verdadera”, porque sabía que establecer o promover oficialmente cualquier versión única de la fe había llevado a guerras terribles en Europa y afectaría a la libertad de pensamiento y conciencia de quienes tuvieran otras creencias. Thomas Jefferson, que no creía mucho en la providencia divina, insistió en los mismos principios de tolerancia y de renuncia del gobierno a apoyar a una confesión religiosa.

Estados Unidos ha avanzado mucho desde ese espíritu original del liberalismo ilustrado ahora que la derecha religiosa ha llegado a dominar partes de su estructura gubernamental, incluidos algunos de los tribunales más altos, y no duda en imponer su tipo de dogma intolerante a todos los demás. Al alejarse la extrema izquierda de la tradición liberal de la Ilustración ha hecho que la resistencia sea más difícil. La gente se ve obligada a elegir entre distintas formas de intolerancia.

Durante décadas, demasiados profesores de humanidades han rechazado o relativizado la Ilustración, en lugar de defenderla. Han sugerido que la ciencia es solo otra forma hegemónica de pensar y de ejercer el poder, y que no tiene mayor valor que cualquier otra forma de entender el mundo. La conclusión es que la tradición liberal occidental no tiene ningún mérito intrínseco. Eso es lo que los administradores de las principales universidades están transmitiendo cuando ordenan a sus profesores en todos los campos que “descolicen” los planes de estudios.

Para ser claros, ningún académico de primer nivel defiende hoy la brutalidad del colonialismo occidental, y mucho menos la esclavitud. Lo que realmente significa “descolicación” es que debemos abandonar aquellas partes de la educación liberal que valoran la tradición occidental, y que las humanidades deben ser reemplazadas por un dogma supuestamente progresista que no tolera la oposición.

Aunque siempre ha habido alguna justificación para la acción destinada a corregir los prejuicios del pasado, abandonar la Ilustración, en lugar de recurrir a ella, para reparar esos errores es un callejón sin salida. Cuanto más éxito ha tenido la izquierda anti-Ilustración en imponer su dogma en la educación superior y en los grados inferiores, más fuerte se ha vuelto la derecha anti-Ilustración y su proyecto de intolerancia religiosa impuesto por un gobierno autocrático. Es por eso que los que en otro tiempo fueron argumentos poco frecuentes en las universidades de élite han crecido en grandes proporciones.

Disparos del Canon

Entonces, ¿qué proponen hacer los tres libros recientes de Princeton University Press para salvar la educación liberal?

En *Rescatando a Sócrates*, Roosevelt Montás, profesor titular del Centro de Estudios Americanos de la Universidad de Columbia, ofrece una autobiografía muy personal combinada con una discusión no solo de Sócrates, Platón y Aristóteles, sino también de otras figuras canónicas, como San Agustín, Sigmund Freud y Mahatma Gandhi. Montás, un inmigrante dominicano de una familia pobre, anteriormente dirigió el venerable “Plan de

estudios básico” de Columbia, que todos los estudiantes universitarios deben completar. Durante décadas, el plan de estudios básico ha consistido en obras importantes de pensadores en su mayoría occidentales, aunque se ha agregado una mayor diversidad cultural. Montás también recluta estudiantes de minorías de bajos ingresos en Columbia y enseña a niños de secundaria de entornos desfavorecidos en su programa Freedom and Citizenship.

Aprendemos del libro que Montás era un joven brillante y curioso que tuvo la buena fortuna de encontrar mentores maravillosos y construir una carrera en los niveles más altos de la academia. Quiere difundir más ampliamente lo que aprendió extrayendo dos lecciones esenciales de sus experiencias.

En primer lugar, la tradición occidental, desde los griegos hasta el cristianismo y los textos más modernos, tiene un valor práctico inmenso. Las grandes obras permitieron a Montás comprenderse mejor a sí mismo y llevar una vida más rica. Le enseñaron el valor de la democracia y la tolerancia. Al no evitar las contradicciones internas y los problemas del cristianismo, la democracia europea y el ultramaterialismo del mundo moderno, pudo también ser un mejor ciudadano.

En segundo lugar, su experiencia y lectura muestran que es simplemente falso afirmar que las minorías necesitan que alguien cuya identidad sea idéntica a la de ellos les enseñe. Proporcionar buenos modelos a seguir para los estudiantes que provienen de un entorno como el suyo es algo bueno, pero no lo es todo. Los factores más críticos son el contenido de lo que se enseña y las habilidades necesarias para impartirlo. Entre los que más inspiraron a Montás se encontraban no sólo los miembros de su propia familia, sino también profesores provenientes de medios muy diferentes.

El libro de Montás ha atraído a comentaristas conservadores como George Will en el Washington Post, porque ataca la creencia de la izquierda académica de que las identidades étnicas, sexuales o ideológicas son superiores a todo lo demás en la orientación de la educación. Y también la idea de que el canon occidental es más dañino que beneficioso porque perpetúa la desigualdad y los prejuicios. Pero *Rescuing Socrates* también recibió una crítica muy positiva en la publicación izquierdista *Jacobin*. Lejos de ser una diatriba derechista, el libro defiende una apasionada exigencia de equilibrio.

Pero el argumento de Montás tiene algunos problemas. Por ejemplo, es difícil ver cómo su educación de élite podría alguna vez reproducirse ampliamente a menos que un gran cuerpo nuevo de maestros pudiera ser educado y capacitado adecuadamente. Así y todo, nos proporciona un buen punto de partida.

Otra cuestión, más grave, es que Montás es escéptico respecto a la racionalidad materialista. Ataca a René Descartes y el énfasis en la ciencia mecanicista que surgió de esa parte de la Ilustración. Esto conduce a una denuncia de la tecnofilia desalmada de Silicon Valley. Pero, dado que una educación verdaderamente liberal requiere equilibrio, el ethos científico debe aceptarse junto con las humanidades. En China y Rusia hoy en día, se abraza la mitad científica y tecnológica de la Ilustración occidental, mientras que se evita el lado humanista: la democracia, la tolerancia del discurso abierto y los derechos individuales. Cometer el error opuesto al degradar el progreso científico y tecnológico material es contraproducente.

Seamos razonables, de Jonathan Marks, es una defensa menos personal, incluso más directa, de la educación liberal clásica. Marks, politólogo del Ursinus College, escribe y escribe blogs para medios conservadores como *Commentary*, *Weekly Standard* y *Wall Street Journal*. Su defensa de la razón es más conflictiva que la de Montás, y se basa en gran medida en una serie de historias sobre abusos perpetrados por académicos de izquierda.

Marks está de acuerdo con la famosa denuncia de Allan Bloom de 1987 sobre la educación en humanidades en *The Closing of the American Mind*. Él cree que demasiados profesores de humanidades han aceptado que los textos que enseñan deben ser desconstruidos hasta el punto de que ya no contienen ninguna lección de vida para los estudiantes. La verdad se vuelve irrelevante, porque los textos se presentan solo como expresiones de una u otra ideología. Incluso aquellos que no han sucumbido a esta ortodoxia han perdido la fe en su mensaje.

Por lo tanto, Marks concluye que los estudiantes que buscan inspiración en los clásicos ya no pueden encontrarla en las universidades (a menos que se las arreglen por su cuenta). Esto los hace menos capaces para defender los valores fundamentales que sustentan una vida moral y una política democrática. Lo que es aún más alarmante, los estudiantes han ido abandonando las humanidades, a las que se les ha reducido la financiación constantemente durante décadas.

Compartir anécdotas inquietantes sobre el "despertar" (anteriormente conocido como "corrección política") puede suscitar la ira entre moderados y conservadores; pero como admite el propio Marks, el despertar no es tan popular como parece. Los departamentos académicos que lo apoyan obtienen un porcentaje muy pequeño de los presupuestos universitarios y un número ínfimo de carreras. Lo que le asusta es que en cada uno de los casos que cita, los administradores temerosos se han rendido a minorías activistas para evitar ofender y provocar polémicas.

Desafortunadamente, Marks debilita su caso al tomar como principal ejemplo el movimiento de Boicot, Desinversión y Sanciones contra Israel. Aunque gran parte del apoyo al BDS es ingenuo o, peor aún, antisemita, el hecho es que el problema palestino-israelí tiene una larga y trágica historia. Uno puede estudiar las complejidades y las razones por las que ninguna solución es remotamente posible sin declarar a un lado perfectamente bueno y al otro perfectamente malo; además, este no es uno de los principales problemas de la educación superior estadounidense en la actualidad.

La lección que vale la pena sacar del libro de Marks es esta: los problemas complejos requieren una reflexión cuidadosa, un equilibrio en cuanto a las evidencias y la voluntad de aceptar el hecho de que rara vez hay respuestas fáciles y simples. La filosofía liberal de John Locke y otros pensadores de la Ilustración debe enseñarse porque obliga a los estudiantes a pensar profundamente sobre la condición humana y los principios que sustentan la sociedad y el sistema constitucional en el que nacieron. No se puede decir lo mismo de las disciplinas más técnicas.

Sabores del fundamentalismo

Eso nos lleva al tercer libro, *Minds Wide Shut* de Gary Saul Morson y Morton Schapiro. Morson, profesor de lenguas y literatura eslavas en la Universidad Northwestern, y

Schapiro, presidente de esa institución, atacan el tipo de certeza intelectual que rechaza la complejidad y no admite oposición intelectual.

Por ejemplo, ese pensamiento rígido dominó durante mucho tiempo la economía (aunque menos recientemente) al insistir en que los mercados pueden solucionar todos los problemas. A los autores les disgusta particularmente la panacea de que los humanos son tan racionales que, si se les deja solos, su puro interés propio los guiará consistentemente a tomar las decisiones correctas. Este libertarismo extremo ha sido tan generalizado que hasta nos cuesta calibrar el mucho daño que ha hecho.

Pero Morson y Schapiro subrayan que imponer el poder del gobierno en toda la economía y eliminar las fuerzas del mercado produjo catástrofes aún mayores en el siglo XX. Por lo tanto, quieren que los estudiantes conozcan la sutileza de la escritura de Adam Smith. Este no solo abogó por “la mano invisible” del mercado, sino que también advirtió que sin una base moral para la acción orientada hacia el bien común, las naciones sufrirían daños inevitablemente. El puro interés particular nunca es suficiente.

El tipo de fundamentalismo ideológico que considera a la oposición como un mal conduce a la guerra civil y al autoritarismo. La democracia no puede funcionar si los lados opuestos no respetan el desacuerdo honesto. Morson y Schapiro también atacan la pseudociencia intolerante de todo tipo, porque la esencia de la empresa científica es que cualquier hallazgo debe ser sometido a examen y rechazado si carece de fundamento. Estar abierto a las nuevas evidencias es vital. Si hay un principio central de la Ilustración, es ese.

Como estudioso de la literatura rusa, Morson propone que los grandes clásicos rusos (las obras de Tolstoi, Dostoievski, Chéjov y algunos otros) ofrecen a los estudiantes una perspectiva de los dilemas de la vida que pueden endurecerlos contra la certeza fundamentalista. Eso puede ser cierto; pero en lugar de privilegiar una tradición literaria sobre otra, debemos tener en cuenta que existen tradiciones literarias igualmente esclarecedoras en muchas culturas.

Aunque los clásicos occidentales deben seguir formando parte de las humanidades, es igual de necesario incorporar una variedad más diversa de fuentes. ¿Por qué no agregar *The Tale of Genji* del pasado distante y el novelista y dramaturgo nigeriano Wole Soyinka del presente? Lo que cuenta es presentar a los estudiantes una muestra de la gran literatura. Esa es la mejor manera de enseñar lo que los humanos tienen en común y cómo las diferentes culturas han desarrollado formas distintas de hacer frente a las exigencias de la vida.

Finalmente, Morson y Schapiro abordan el fundamentalismo religioso. Respetan la Biblia y la fe religiosa, pero saben que es inútil tratar de reconciliar el texto bíblico con el conocimiento moderno. Su consejo es tolerar la dualidad. Los judíos practicantes, por ejemplo, tienen que aceptar, en tanto que creyentes, que el mundo tiene 5.782 años. Pero también deben reconocer como una verdad secular que tiene 4.500 millones de años. Estos dos planos son difíciles de conjugar para mucha gente.

Algunos creyentes que rechazan el fundamentalismo estarán de acuerdo en que las historias de la Biblia son metáforas simbólicas inspiradas por Dios, pero no literalmente verdaderas, y que interpretar el significado de Dios transcrito por manos humanas nunca puede ser perfectamente claro o consistente. Desafortunadamente, la tendencia opuesta se ha afianzado en muchas de las llamadas religiones mundiales, incluidos el Islam y el

hinduismo, y muchos insisten en la verdad literal de los textos sagrados.

Un mundo a la deriva

Las enseñanzas sobre la complejidad y las consecuencias del fundamentalismo también deben formar parte de una educación liberal. Pero, en última instancia, no existe un plan de estudios definitivo y perfecto. Habrá quien piense que un plan requeriría que todos los estudiantes leyeran a John Stuart Mill, en lugar de a Platón. No solo es más actual sino también mucho más democrático. Pero, de nuevo, ¿por qué no tomar en consideración también las interesantes preguntas de Platón sobre la tiranía de la mayoría?

Sin una educación liberal que proporcione una base suficiente en humanidades e historia, a los jóvenes les resultará mucho más difícil orientarse en nuestro complicado mundo. Sin una apreciación de lo que nos ha dado la Ilustración, no sabrán defender la democracia y los derechos humanos.

Hoy vamos en la dirección equivocada. Si no cambiamos de rumbo nos enfrentamos a un mundo menos democrático, más autoritario, más anómico. Las universidades, en particular las mejores instituciones de investigación públicas y privadas, deben ser valientes y defender lo que las hizo grandes. No será fácil. Aunque la causa aún no está perdida, salvar la democracia requerirá mucho más que unos pocos libros bien intencionados leídos solo por un pequeño número de intelectuales que ya están de acuerdo entre sí.

Daniel Chirot es profesor emérito de estudios rusos y euroasiáticos en la Universidad de Washington. Es el autor más reciente del reciente *You Say You Want a Revolution?: Radical Idealism and Its Tragic Consequences* (Princeton University Press, 2020).